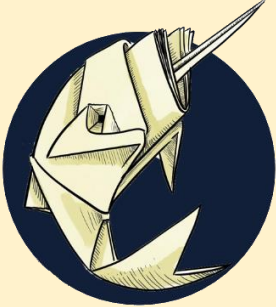


Creer

o

reventar





Esta es la revista del Narval.

**Un proyecto para compartir, para crear y para
inspirarnos entre todos.**

Hoy nos espera la fe, la herejía y el destino.

¿Zarpamos?

Índice

<i>Samsara</i> , por Sergio Guillermo González	4
<i>Baptistare</i> , por Karlitos Manzano	12
<i>Perdiendo mi religión</i> , por María Eugenia Rodríguez Echenique	19
<i>Renacer</i> , por Ángel Boccardo	23
<i>Vértigo mundial</i> , por María Daniela Lescano Molina	26

Samsara,

por Sergio Guillermo González.



*¡El eterno reloj de arena de la existencia se invertirá
siempre de nuevo y tú con él, pequeña partícula de polvo!*

Friedrich Nietzsche

No sé cuántos de ustedes estarán familiarizados con el término Samsara. Su origen hace referencia a filosofías y religiones provenientes de la India, tales como el hinduismo o el budismo. Se podría definir como el ciclo del nacimiento, muerte y reencarnación, todo siempre está cambiando y repitiendo, y nosotros pasando de una vida a otra. Suelen nombrarlo como “mandala” o “rueda de la vida”. Dicen, también, que el samsara es un laberinto, y que es a la vez también una casa de espejos, un castillo de ilusiones. Y es aquello de lo cual debemos despertar.

No me considero un experto en el tema, ni un estudioso de religiones orientales, nunca me interesaron estos temas en absoluto. Al menos, hasta que sucedieron los hechos que voy a contar. Podría decir entonces que mi reciente y repentino interés por este tema no corresponde a una búsqueda espiritual, ni mucho menos académica, ya que no me dedico a nada relacionado con el ámbito de la investigación. Tampoco se debe una cuestión *New Age*, no me interesa en lo más mínimo aparentar ser diferente escribiendo sobre esto. Supongo que mi intención al adentrarme en este tipo de conceptos responde más a un intento desesperado de demostrar cordura, intentar entender ciertos hechos que todavía escapan a mi comprensión, pero que fueron reales.

Todo comenzó el domingo pasado. Era mi día de franco y quería aprovechar para resolver algo que veníamos postergando unos días atrás. Una tarea de lo más común y cotidiana en cualquier hogar: la cañería de la cocina estaba obstruida y se había tapado

completamente, no circulaba agua, por consiguiente, la bacha de la cocina estaba repleta de agua casi hasta el borde. Obviamente, además de agua estancada, había restos de comida, yerba, café, con algunos platos, cubiertos y copas flotando o directamente sumergidos ahí. A quién no le ha pasado alguna vez, ¿no? La cuestión es que era un problema bastante sencillo de solucionar, y llamar a un plomero para que se encargue de esto hubiera sido un despropósito, ya que implicaba coordinar un horario en el que podamos estar en casa para esperarlo en medio de nuestra complicada agenda. Sin contar, por supuesto, el costo por el trabajo, que seguramente iba ser bastante elevado, no por la dificultad en sí de la tarea sino más bien para justificar la visita. De modo que había planeado ese domingo solucionar este problema por la mañana, y así poder disponer el resto del día para salir a pasear con la familia.

Ese día, después de desayunar, decidí ponerme manos a la obra y liquidar rápido el asunto. Me calcé los guantes de goma, busqué una sopapa y me acerqué a la bacha. El agua estancada llegaba casi hasta el borde, y algunos restos de vino le daban un color oscuro al agua, casi púrpura, y recuerdo que en ese momento me dio un poco de gracia y asco a la vez. No se llegaba a ver qué es lo que estaba obstruyendo el desagüe y me incliné, pero antes de meter la mano para empezar a remover residuos y utensilios, quedé fascinado por los colores que reflejaban en el agua: por momentos, el color púrpura viraba a un azul muy extraño. Otra cosa que me llamó la atención era que, al no verse el fondo, el agua actuaba como un espejo y veía perfectamente mi reflejo en el agua, pero con una nitidez poco normal. De alguna manera, podría decir que hasta parecía emanar cierta luminosidad desde el fondo de la bacha.

Estuve unos cuantos minutos alucinado con eso. Me encontraba fascinado por los colores y reflejos del agua, cuando de pronto vi algo que me asustó, no alcanzaba a

comprender, pero un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al ver que el rostro reflejado en ese demencial espejo no era el mío, sino el de otra persona. Di un salto hacia atrás, para alejarme de lo que estaba viendo, sin duda me encontraba sorprendido por lo que vi. Definitivamente era el rostro de otra persona. Una persona de rasgos orientales, con una tez diferente a la mía, un rostro lampiño, sin vello facial, lo que hacía bastante difícil que solo haya sido una confusión por los reflejos del agua.

Después de pensarlo un rato decidí acercarme nuevamente, para ratificar lo que había visto. Los colores del agua estaban alucinantes como antes, se habían vuelto tornasolados, pasaban del azul al verde y del verde al amarillo, para luego volver a colores más oscuros, la luz que parecía emanar desde el fondo daba un aspecto extraño al ambiente. Me incliné una vez más para ver reflejado mi rostro, y nuevamente, era el rostro de otra persona. Esta vez no me alejé: me quedé observando, como hipnotizado. El rostro era el mismo que había visto anteriormente, los mismos rasgos, solo que ahora pude ver más detalles. Llegué a ver reflejado un corte, una herida sangrante sobre la frente y una mancha de sangre que recorría mi rostro desde la herida que parecía todavía abierta. Eso me impresionó y desvié la vista al costado, esperando ver la mesada de la cocina, pero no la vi nada, ni mesada, ni cocina, ni departamento. Me encontraba inesperadamente en una llanura, a campo abierto, empecé a escuchar gritos desesperados, gritos de dolor, estruendos, disparos; ruido de guerra. Alcancé a ver que estaba vestido con un uniforme raído y manchado, vi un fusil a mi lado, me encontraba arrodillado frente a un arroyo, el cuál reflejaba mi rostro ensangrentado. Escuché que alguien me hablaba dando órdenes que no alcancé a entender, levanté mi rostro y vi acercarse corriendo a otro soldado, pero con un uniforme con colores diferentes al mío. No llegué a actuar, solo vi como este soldado se acercó corriendo y me clavó en el cuerpo la bayoneta que llevaba enganchada a su fusil.

Sentí el frío metal perforando la carne, el dolor agudo y punzante, emití un grito sofocado, interrumpido por un torrente de sangre que salía de mi boca, mientras el soldado intentaba sacar su bayoneta de mi cuerpo. Lo último que recuerdo de aquella visión fue caer de espaldas en el campo.

Volví a la realidad de la cocina, estaba en el piso de la misma, intacto, pero con la sensación imborrable de la herida mortal en el cuerpo, y con un gusto a sangre en la boca que me produjo náuseas. Me levanté apresuradamente, para no preocupar a nadie. A los pocos minutos se acercó mi esposa preguntando si había pasado algo, y sugiriendo que sería mejor llamar a alguien para que se encargue del asunto. Le dije que estaba todo bien, que pronto terminaría de destapar la bacha. Me miró un poco desconcertada y volvió a living con los chicos. No estaba seguro de si el grito que di en medio de la visión se escuchó en la casa, o si tal vez escuchó el ruido de mi caída al piso.

Me encontraba aterrado, pero al mismo tiempo fascinado. Había algo en ese espejo mágico que me atraía, a cierta distancia podía ver la luminiscencia extraña y los colores cambiantes que me llamaban. Y aunque todavía tenía las sensaciones de la muerte a flor de piel, decidí acercarme una vez más, porque me intrigaba saber qué es lo que pasaría después de esa visión.

Ni bien me incliné sobre la bacha, me sentí inmovilizado, sentí mis brazos y piernas amarrados con fuerza a un poste. Levanté la vista para ver alrededor, me encontraba en un pueblo desconocido, multitudes enardecidas me miraban y gritaban, olía a humo y sentía el calor del fuego cerca mío. Me vi desnuda, amarrada a un poste alto. Sí, es evidente que en esta vida era una mujer, pero al igual que en la visión anterior, no la

estaba pasando nada bien. Miré a los costados, vi otras como yo, también desnudas y amarradas frente a la multitud. El calor y el humo empezaba a ser sofocante, la multitud gritaba eufórica, alcancé a distinguir que entre los insultos nos llamaban brujas, pedían a los gritos que nos prendan fuego, y que vayamos al infierno. Alcancé a ver a un sacerdote leyendo una biblia, y a los verdugos encendiendo la pila de troncos que se encontraban a nuestros pies para que las llamas se expandan. Sentí el fuego, el ardor en la piel, las llamas abrazándome, grité muy fuerte, recuerdo estar maldiciendo y pronunciando palabras en un idioma desconocido, hasta que el ardor y el dolor me cubrió por completo. Al instante siguiente estaba nuevamente en la cocina, sin entender del todo qué había pasado, sentía el calor en toda la piel y tenía el pulso acelerado.

En ese momento mi esposa me avisó que salía con los chicos, mientras yo aprovechaba para terminar con los arreglos. Noté que me miraba de forma extraña, hasta un poco asustada. Pero sinceramente no presté demasiada atención. No puedo decir cuánto tiempo había pasado hasta ese entonces. Estaba realmente atrapado por lo que había descubierto y necesitaba seguir investigando.

Creo que pase todo el día vagando de una visión a otra. Cada vez las sensaciones eran más reales, y más intensas. Viví muchas vidas y muchas muertes en un solo día. Pude descubrir también que, si me reflejaba en el agua en momentos en los que está tomaba colores más claros, alejados del púrpura de las primeras veces, podía aterrizar en momentos más alejados del instante final. Cuando hacía eso, las visiones eran menos escalofriantes y terribles. Durante ese día, sentí el viento frío de los mares del norte, me maravilló la hermosura de las auroras boreales en medio de un viaje en barco hacia la tierra de los dioses, recuerdo los manjares que disfruté como invitado de honor del

Gran Kan en los palacios de Xanadú, pinté motivos marinos en delicadas piezas de barro en una pacífica isla del mar Mediterráneo, sentí el sol y el vértigo al observar las montañas desde una ciudadela fantástica en las alturas de los Andes.

Me encontraba en medio de ese mundo de ensoñación cuando escucho sonidos provenientes de la otra realidad. Escucho que la puerta se abre y la voz de mi esposa diciendo “pasen, todavía está en la cocina, por éste pasillo”. Dos enfermeros me arrancaban de la bacha de la cocina, trayéndome de vuelta a este mundo, recuerdo el pinchazo de una aguja mientras uno de ellos me decía que con eso me iba a sentir mejor. Mientras me acompañaban al dormitorio para que descansa, antes de salir de la cocina vi lo peor. Un hombre canoso, vestido con pantalón de trabajo y camisa gris, con una sopapa inmensa en la mano y una caja de herramientas a sus pies diciendo “Tranquilo señor, yo me encargo de esto”. Al otro día me levanté como nuevo, estaba relajado y todo había vuelto a la normalidad, y la bacha de la cocina, por supuesto, estaba destapada.

Hasta el momento de escribir esto, no le conté a nadie lo que me había sucedido ese día. Para mi familia y para los enfermeros que me vieron ese día, tuve un brote psicótico causado por el estrés producido por todo el trabajo de la semana anterior, y disparado tal vez por el intento frustrado de solucionar el problema de la cocina. Debo admitir que, al principio, esa hipótesis me convenció. Sonaba racional y me daba tranquilidad al saber que no estoy loco. Aunque, en realidad, estoy totalmente seguro de que viví ese día era verdad. No sé cómo tomarán este testimonio, pero debo confesar también que durante la semana posterior a estos hechos me ausenté al trabajo. Después de llevar a los chicos al colegio, en lugar de ir hacia la oficina, volví a casa. Intenté, hasta ahora sin resultados, volver a obstruir la bacha de la cocina. Arroqué

desechos de comida, platos, cubiertos y copas, yerba y vino, hasta que el agua estancada llegase hasta el borde. Pero hasta hoy, todos los intentos fueron inútiles, los colores cambiantes y la luz del fondo no vuelven a aparecer, ni mucho menos las visiones de otras vidas. Sé que este relato no es suficiente para demostrar mi cordura. Solo es cuestión de encontrar la combinación perfecta para volver abrir el portal hacia otras vidas.

Sergio Guillermo González



Baptistare,

por Karlitos Manzano.



Firetown, 25 de enero de 2030

Querida Leonor:

¿Cuánta vida hace falta para ganarse la muerte?

Yo creo que ya llegué.

Amada mía, espero poder volcar sobre este papel cada sentimiento que me atraviesa al escribirte. He ido de polo a polo en mi alma, así como ayer, he conocido al fin la otra cara de esta moneda que siempre atesoramos.

AL TERMINAR ESTA CARTA, QUÉMALA Y HUYE

Anoche nuestra locura cumplía diez años ¿Lo recuerdas?

Éramos apenas unos chiquillos queriendo ser grandes muy pronto.

“Unos pendejos agrandados” diría mi padre.

Casi puedo verte todavía con aquel vestido impecable, immaculado, estabas preciosa. Poner el anillo en tu mano, y tú en la mía, era más que sellar un pacto. Era la completitud de nuestros planes y el comienzo de cada sueño.

Un día como ayer, pero sin lluvia, atravesábamos la puerta de nuestro hogar. La Iglesia fue muy generosa al regalarnos tan hermosa residencia. Aquella noche quisiste cocinar un pescado... o lo intentaste. Casi terminó saltando por la ventana junto con todo el humo. Comimos pizza en el patio, mirando la luna llena. Después nos fuimos a la cama temprano. Era sábado. Lo recuerdo porque al día siguiente me tocaba cumplir con mi primer oficio en el baptisterio.

POR FAVOR, NO MIRES ATRÁS CUANDO TE VAYAS.

MI PADRE TE ESPERARÁ EN LA ESTACIÓN.

NO MIRES ATRÁS. NO TE LLEVES NADA.

No sé qué hubiera hecho sin ti aquella mañana; nunca aprendí a hacerme el nudo de la corbata. Aunque para ser justos, fue mi turno de preparar un almuerzo digno. Creo que horneé unas pechugas o asé unas costillas.

Luego caminamos juntos hasta el templo.

El agua se siente más helada cuando es uno el que sumerge a un bendito. Recuerdo que la oración de nuestro amado Líder me erizó la piel como nunca antes. Aquella vez lo atribuí a los nervios y al privilegio de estar tan cerca. Hoy me doy cuenta de que quizá era el mismo demonio acusando los pecados de nuestro dios.

¿Te acuerdas de la ceremonia?

El Líder alzaba el báculo sagrado, implorando la dirección de lo Alto para cada elección. Luego nosotros, mi compañero y yo, éramos ungidos. Por mi parte, sumergiría a cada elegido en las Aguas Santas; él esperaría su momento para realizar su labor con los impuros, a puertas cerradas, en otro recinto.

Creí que los aconsejaban.

Creí que los ayudaban aún más.

Nunca pensé que...

Tras una nueva oración, el espíritu se adueñaba de nuestro Líder, haciéndolo pronunciar secretos en lenguas desconocidas; se sacudía por obra del bien y colocaba sus manos en la frente de cada uno de los que daban el paso hacia el altar. Después de unos segundos o hasta minutos de tensa expectación, profería un gemido, un grito o llanto, elevaba al cielo una de sus manos mientras la otra señalaba el destino de aquella alma.

El bautismo o el rechazo.

Siempre dije que el cuerpo de un creyente se vuelve más pesado, de repente, al sumergirlo. Será por cada pecado limpiado en ese instante, pensaba entonces, o será por el honor y la carga de convertirse en los brazos del Gran Bautista.

Recuerdo cada rostro que observé tras ese velo de agua.

Recuerdo como se mezclaban las lágrimas con las gotas de aquella laguna bendita.

Recuerdo muchos nombres... pero no me acuerdo de absolutamente nada de los que no pudieron pasar.

DEJA A NUESTRO HIJO CON MARÍA, POR FAVOR.

SÉ QUE ES MUCHO PEDIRTE, DEMASIADO.

PERO NO SERÁ SEGURO PARA ÉL POR UN TIEMPO.

SOLO ESPERA, POR FAVOR.

¿Habrán sido miles?

He intentado sacar la cuenta.

Unos quinientos o seiscientos por fin de semana, de los cuales más de dos tercios eran rechazados. Caminaban cabizbajos, sollozando, hasta la puerta negra del fondo.

Cuatro domingos al mes. Doce meses. Por diez años.

Al cumplir la década en mi oficio, era sabido y necesario pasar al siguiente puesto. Si el anterior era honorífico y sagrado, el que me esperaba requería de una vida de servicio y una fidelidad inquebrantable a dios.

Era yo quien no esperaba nada de aquello...

De nuevo las oraciones. Una renovada unción. Pero antes de cruzar la puerta me quitaron la sotana blanca y me pusieron una roja.

En un rato entendería la 'utilidad' de ese color.

Luego me condujeron por un extenso pasillo. Perdí la cuenta de los recodos, escaleras y encrucijadas que recorrí. Vomité tres veces antes de llegar al final. Aquella vez lo atribuí a los nervios y al privilegio... pero hoy sé que fue por el olor.

Hasta que por fin la habitación.

Una tenue y parpadeante luz blanca se balanceaba sobre una pequeña mesa de metal. Sobre esta se extendía un manto alargado y angosto. Esta vez sí era negro.

Los cánticos y loores de la iglesia habían ido callando por el camino, hasta quedar enmudecidos y ahogados detrás de tanto cemento. Pero lentamente, como desprendiéndose de las paredes, fue creciendo el volumen de unos lamentos. Llegaban de todos lados como murmullos. Ni un solo grito.

Me sorprendí al darme cuenta de que aún quienes me acompañaban y servían como ayudantes tenían su propio susurro. Era una oración corta, no alcanzaba a comprenderla. Intenté desentrañarla durante todo el rato que estuvimos allí adentro, hasta que entró el primero.

NUNCA OLVIDES QUE TE AMO.

TE HE AMADO MÁS QUE A NADA EN EL MUNDO.

Y TE SEGUIRÉ AMANDO

DESDE DONDE SEA QUE ESTÉ.

Lo situaron a un par de metros de la luz. Casi no podía distinguírle el rostro. La oración de los que estaban conmigo se redobló. Lo desnudaron. No le dejaron ni siquiera unos calzoncillos.

Me limité a mirar la penumbra que recorría desde el pelo enmarañado hasta el pecho que se movía agitado, como si algo desde adentro luchara por escapar.

Me observaban. Esperaban algo de mí.

En cuanto entré advertí que allí no había baptisterio. No había altar, ni Biblia. Por eso me dirigí a la mesa. Pensaba que debajo de aquella tela negra habría una.

Desde niño fui aprendiendo que la Palabra de dios era el arma de los creyentes. Pensé en ello mientras retrocedía espantado. Lo que había debajo del manto no era Palabra de dios. Pero sí un arma. Y aunque no era una palabra, seguro que podría cortar y trocear como una.

El doble cañón brilló de una manera que me resultó repugnante. Pero fue lo más brillante que atravesó esa habitación esa noche.

Clavaron su vista en mí, sorprendidos. Siguieron rezando su oración. Me vieron vomitar de nuevo.

Uno de ellos se me acercó y me ayudó a incorporarme. Apoyó su mano en mi espalda... y presionó en dirección a la mesa.

Nunca entenderé ni mucho menos me perdonaré el que mis manos no temblaran en absoluto al agarrar la escopeta. El pecho se me revolvía rabioso, acompasado por el del pobre sujeto desnudo a unos pasos; mi mirada me fallaba, me tiritaban las piernas... pero mi pulso se mantuvo impávido, exacto, certero.

¿Cuánta vida hace falta para revolcarse en la muerte?

He hablado de gracia por muchos años. He creído en la justicia desde mucho antes de creer siquiera en mí. Por eso me robé el arma. Por eso voy a usarla una vez más.

TE AMO

No sé cuánto tiempo pasó. No sé en qué momento sucedió que yo sostuviera aquel maldito artefacto, apuntando directamente al pecho de ese pobre infeliz.

En el penúltimo segundo escuché al fin con claridad la oración hija de puta:
“Morir es vivir, morir es vivir”

En el último segundo levante la mira, apunté a la cabeza
y presioné el gatillo.

CREER. O. REVENTAR.

Karlitos Manzano

Perdiendo mi religión,

por María Eugenia Rodríguez Echenique.



Oh, life is bigger

It's bigger than you

And you are not me

R.E.M.

No. Nunca fui animal o insecto. Ese es otro gremio y cada uno respeta lo suyo. Yo pertenezco al de los humanos. Si no me equivoco, con esta llevo once vidas. Espero que sea la última.

Aunque no importa la cantidad de reencarnaciones sino lo mucho que hemos aprendido en cada una. Es como la carrera de las almas. Se recibe el que aprende más y mejor, sin importar la edad o la cantidad de tiempo invertido. Respeto por la trayectoria escolar, le llaman.

Ahora me tocó una familia de clase media. Muy cariñosa pero muy lastimada emocionalmente. Me mandaron aquí porque soy una de las pocas almas con experiencia, es como una pasantía en donde debo guiar a las más jóvenes e irreverentes, esas que buscan respuestas a lo tonto y a lo loco. No las culpo. Yo llevo casi dos siglos en este oficio y creo que recién le encontré el agujero al mate.

Como todo trabajo, es duro y exigente. Una vez que el cuerpo muere, el alma accede a una especie de vacaciones, siempre y cuando haya gente que la recuerde, cumpla con los rituales póstumos y, lo más importante, la juzgue con el paso del tiempo. Digo bien, una especie de vacaciones durante las cuales no se asigna otra vida y se usa ese tiempo para purgar nuestras acciones en la vida pasada. Deben imaginarse un director técnico que supervisa y analiza las jugadas de los partidos para planear el próximo. Y hay que ver cómo son algunos...

Una vez que el recuerdo cumple su ciclo, nos preparamos para ser mejores almas en otras vidas. Al inicio es muy emocionante, comenzar otra vez, poder hacer mejor las cosas, sostener el mundo, la espiritualidad, el bien común... Pero con el tiempo, lo único que queremos es que se acabe. No volver al mundo terrenal nunca más. No porque el nuestro sea mejor, sino porque allá el dolor es agobiante, de todos los tamaños y con todos los matices.

Muchas de nosotras se vuelven locas y prefieren resetearse, toman algún tipo de veneno, juegan a la ruleta rusa o se tiran de lugares altos. Otras prefieren hacer lo indebido para que le den de baja y no la hagan reencarnar de nuevo. Estar en pena es mejor que penar.

Yo resistí el estrés en este sistema laboral que te enajena, te rompe y te consume. No sé qué dirán ustedes, pero lo hice con estilo: me cuidé de morirme en situaciones trágicas y siempre traté de dejar alguna marca buena y perdurable que me permitiera vacacionar un poco más. No logré que me hicieran ningún monumento ni que me nombren en los libros de historia, pero estuve cerca. Algunas tuvieron esa suerte. No las envidio, ellas eran mucho más viejas y tuvieron un aguante importante. Pero... ¿Para qué? ¿Para qué después, a modo de reconocimiento, la dividan en millones de almas nuevas? "... con la intención de que cada una sea portadora de una porción de esa sabiduría, perpetúe y reproduzca el bienestar..." reza el Código General de las Almas. "Información genética", le dicen, pero ninguna recuerda nada de su alma mater.

Resulta que ahora tengo que lidiar con la depresión de mi abuela, que sobrevivió a su hijo (alma nueva que acaba de entender, a los golpes, lo ilógico de este mundo), la ansiedad de mi madre que no sabe cómo canalizar los nervios (un alma joven, que ya sabe todo lo que le queda experimentar todavía y no encuentra con qué entretenerse para que le sea más leve) y una hermana mayor que vive llorando de angustia (alma de

edad indefinida que no quiere resignarse a este destino: nacer, sufrir, morir, analizar, nacer de nuevo... indefinidamente)

Las miro desde la sabiduría, mi empatía, mis instintos... soy la menor de todas ellas, pero la más vieja y entonces dejo que se apoyen en mí. Quieren... no... Necesitan cuidarme. Soy su buena excusa para sobrevivir.

Ellas, la mía.

María Eugenia Rodríguez Echenique

“Profesora Universitaria de Lengua y Literatura, trabaja en colegios públicos de nivel medio en Salta Capital.”

Renacer,

por Ángel Boccardo.



Concebido en un principio para la televisión continental europea, finalmente, el film del aclamado director francés quedó paralizado. La causa fue la muerte de su máxima estrella en un confuso episodio en una supuesta riña callejera, en donde quedó en estado de coma al recibir un balazo de un arma calibre 22 mm en la sien, para encontrar la muerte camino al hospital. Lo que desató un caos y una incertidumbre general entre actores y productores de dicha película, sin mencionar al director, a quien la noticia de la muerte de su único hijo, lo derrumbó casi totalmente, obligándolo a atrincherarse en lo más profundo de su ser, donde todo se tornaba de un matiz cada vez más oscuro, donde no se visualizaba el más mínimo haz de luz.

Ya no existía nada ni nadie que pueda devolverle, aunque sea un centésimo de lo que le había sido despojado. Así fue que llegó un día, en que dejó de lado el mundo que lo rodeaba, y se decidió a emprender su último viaje, un viaje que podía llevarle días, tal vez semanas, pero que tenía un solo destino: su hijo. Sin valijas, ni medio de transporte alguno, ese mismo día inició su éxodo. Sabía que iba a ser un recorrido largo y complicado, tal vez hasta peligroso, pero el miedo ya no formaba parte de él. Siempre en una oscuridad casi absoluta, caminó por horas, en busca de alguna señal que le marcara un camino a seguir. Junto a él- no sabía si en busca del mismo objetivo o alguno similar-, había cientos de personas, tal vez miles, que marchaban en distintas direcciones, independientemente unas de otras, a tal punto que nadie notaba la presencia del resto. Así anduvo durante días, sin siquiera ingerir ningún tipo de alimento ni bebida, pero cada vez con más fuerzas, fuerzas que eran alimentadas por su único objetivo, más próximo a cada momento, que poco a poco iba llenando su ser y devolviéndole la vida a su alma. Debió atravesar las infinitas extensiones de los desiertos más desolados, peligrosos océanos, profundos abismos, y los más tenebrosos bosques, plagados de extrañas criaturas que harían cualquier cosa por poder saborear un alma humana. Ya los sueños de llevar su nuevo proyecto a lo más alto de la cima del mundo cinematográfico habían quedado atrás, cuando, muy a lo

lejos, pudo visualizar una silueta que le resultaba familiar. Los ojos se le humedecieron, pero trató de no ilusionarse demasiado, ya que en su largo recorrido, había aprendido que merodeando constantemente a su alrededor, había muchas criaturas que podían tomar la forma de sus seres queridos para engañarlo y así poder tomar su alma, pero esta era diferente, esta emanaba un aroma conocido para él, despedía una luz cegadora, que no hería sus ojos, y lo que más la diferenciaba del resto de las apariciones, es que esta, llenaba completamente su alma de paz y de felicidad.

Prosiguió su camino con cautela, no sabía que tan lejos podían llegar esas criaturas desconocidas. Cuando detuvo su marcha, se hallaba a solo medio metro de distancia, fue cuando creyó que ya no soportaría más, que el corazón le explotaría de alegría- solo una vez había sentido lo mismo, y fue hace ya más de 30 años, cuando presencié el nacimiento de su único hijo- y en esta oportunidad era igual, solo que no era el nacimiento que todos conocen, este, era el nacimiento de un nuevo mundo, en el que solo ellos dos convivirían, sin temor a la muerte, ya que esta no podía alcanzarlos allí. Sonriendo, avanzaron unos centímetros más, y cuando por fin se reencontraron frente a frente, se fundieron en un abrazo único, que duraría para siempre, lejos del mundo terrenal, lejos de los peligros de la vida cotidiana, y lejos de la oscura habitación en la que se encontraba recluido. Habían vuelto a nacer.

Ángel Boccardo

Vértigo mundial,

por María Daniela Lescano Molina.



El primer partido fue de mañana, temprano. Nos quedamos en casa, entre desayunos apurados y expectativas dudosas. Mi sensación era: ¿me engancho?; ¿lo veo?, ¿hago como que no me importa? Sí, finalmente hice como que no me importaba, total terminarían metiéndonos dos goles y parecía que no valía la pena involucrarse con perdedores. Las calles se llenaron de gente con cara larga, puteadas varias y niños que llegaban llorando a la escuela.

En el segundo, que se avecinaba doblemente difícil -porque había que remontar la derrota y porque México era más de cuidado- empecé a tratar de inventar quehaceres: tengo que planchar, voy a ordenar placares, o cocino algo para meter al freezer, así me distraigo. Los gritos y resoplidos de mi marido me dieron una idea: salgo a caminar, y no me entero. El mayor de mis hijos, ya con tribulación creciente, decidió acompañarme. Así que abandonamos nuestros pasos en las calles desiertas, en dirección al shopping, pensando que allí podríamos evadirnos de la tensión. Imposible, el clima era peor que en casa, la pantalla gigante atraía la atención y la ansiedad de la gente: decenas de hinchas mirando el partido.

Así que nos dejamos llevar, expulsados por la tensión que habitaba todos los espacios, hacia las calles baldías. Nuestros pasos nos condujeron al parque Las Heras, previa reverencia ante Nuestra Señora de Loreto, cuya imagen resplandecía bajo el sol diáfano del verano inminente. Ya en el centro del parque, bajo los árboles, solo se escuchaban los pájaros o el sonido vacilante de unos patines solitarios en la pista desierta. Parecía un buen recurso de evasión para los que no pueden lidiar con el nerviosismo. Después nos enteraremos, pensé.

—¿Y si vamos viendo en el celular cómo va, mami?

—Si hacen un gol, nos vamos a dar cuenta... —le dije, trayendo a mi memoria los penales del 2014 frente a Holanda, cuando no pude más con aquella balacera

vertiginosa y tuve que salir a la vereda: las exclamaciones desde los edificios eran el termómetro en vivo más confiable de los penales acertados, errados o atajados.

No terminé de decir esto cuando escuchamos el grito general, inconfundible, aplastante, del primero contra México. Nos abrazamos en la soledad del parque, exultantes.

A partir de entonces, sin proponérselo, de manera tácita, fuimos dando vida a nuestra cábala secreta, en la dinámica disparatada de pensar que a la repetición de una ceremonia le seguiría determinado resultado. El mismo banco, la misma posición, las conversaciones banales para instalar un supuesto “no me importa”, presagiando internamente el esperadísimo alarido comunitario brotando de las ventanas en lo alto de los edificios que rodean el parque.

Y el abrazo, los saltos, los brazos al cielo dando gracias a Dios por esa irracional felicidad.

Los partidos venideros se volverían una recurrencia obsesiva de la conducta familiar: el menor en la habitación, encerrado sufriendo solo. El padre en el living, nosotros dos en el parque.

Contra Polonia, fácil a la sazón, el mismo sufrimiento. Podíamos quedar afuera, nadie sabía qué pasaría. Después, la alegría. El todo o nada contra Australia, esa etapa en la que ya no había margen para especulaciones. Otra vez los mismos rituales. Ya no podría fingir que no me importaba. Un destello me pasaba por el cuerpo, algo que no se puede nombrar. ¿Qué tiene que ver mi vida con unos tipos que patean una pelota del otro lado del mundo? ¿Por qué me pongo así? ¿Qué carajo es todo esto?

Cuando no se está frente a la pantalla, hay un tormento diferente: esa orfandad nos da conciencia de los goles propios, pero no de los ajenos. El silencio habla, revela, presagia

una amenaza. Entonces, ¿será que los holandeses nos empataron? ¿Cómo puede ser? No, no, que no sea por favor.

Y sí, nos habían metido dos goles que nos conducían a una angustia extendida. El alargue se hizo inacabable. Por favor, penales, no. Qué tormento.

Y sí, penales.

El parque ya no nos contenía, se estaba haciendo prematuramente de noche porque la lluvia se avecinaba, así que otra vez las veredas eran testigos de nuestros pasos turbados.

¿Por qué todo esto? ¿Por qué estamos tan inquietos? ¿Cómo cambia nuestras vidas el resultado? Basta, por favor. Me duele la panza de tanto sufrir, el corazón se me desboca.

Caminamos las calles cercanas a casa tratando de ignorar, pero queriendo saber. Y cada grito era la prueba de que la Selección tenía aire todavía, que seguíamos alimentando esperanza. El penal de Lautaro Martínez lo vimos queriendo taparnos los ojos, en la tele de un local de sushi. Y otra vez a gritar, a correr a casa para compartir nuestro júbilo.

Siempre con miedo, llegó Croacia. Para ensayar nuestro pretendido “qué-me-importa” nos llevamos material de estudio de materias a diciembre al parque de nuestros tormentos. Los gritos magnificados iban llegando a nuestros oídos entre organización del imperio acadio y código Hammurabi. En perspectiva, creo que puedo evocar cada clamor, de los tres que fueron, con un placer blando, de casi segura tranquilidad.

Y aquel domingo inolvidable, aquel día desenfrenado que nos resultó tan largo, nos fuimos a nuestro banco del aguante al mediodía, salvando a toda costa nuestro ardid supersticioso. El segundo gol nos encontró abrazándonos a dos señoras desconocidas que, al igual que nosotros, no soportaban la agitación familiar y habían sacado a pasear

a su perra. Puede sonar absurdo lo que diré, pero cuando vi el dos a dos en el celular, se me aflojaron las piernas. No puede ser, no, no, no. ¿En qué momento? ¿Cómo, por qué?

Ya con la tensión desbordada, sin el reaseguro de las prácticas cabuleras, atravesados por la zozobra, caminamos hacia casa pasando enfrente de la Virgen, vaticinando interiormente una negada adversidad. El verano estiraba la luz del día, y la final parecía no terminar nunca. Las calles desiertas condensaban la tensión acumulada en cada habitáculo urbano. Se podía percibir cada suspiro, cada interjección que salía a volar a través de los balcones y de las ventanas.

Nos quedamos sentados en la entrada del edificio, huérfanos ya de la protección cabalística de nuestro banco del parque. El tercer gol de Argentina nos hizo estremecer el pecho. Pero será que estamos signados por el lenguaje ancestral del tango: primero hay que saber sufrir. A los pocos minutos, el tercero de Francia marcó un empate escalofriante, que nadie podía creer.

Los instantes que siguieron, que parecieron siglos, fueron una secuencia irreflexiva, divorciada de toda lógica, donde cupo el llanto, la zozobra, la hiperventilación, las palpitaciones, los Avemaría, los escalofríos, la sensación de que todo se terminaba.

Soy de las que se quedó en la calle, incapaz de gestionar eficientemente las emociones, la que se enteró del desenlace por el silencio atronador de los dos penales que acertaron los franceses y por el estallido espeluznante de las atajadas de nuestro arquero y cada uno de los cuatro aciertos argentinos. Tras el definitivo, el grito colectivo estremeció el aire, corrió por las venas de la ciudad como un torrente arrollador, ya sin el dique del miedo ni de la oración desesperada. Nos abrazamos, descargando nuestras lágrimas con la sonrisa en la cara.

Mirando al cielo, le agradecemos a Dios por una felicidad que estaba desprovista de toda racionalidad, por ese gozo desbordante que durante unos días nos hermanaría a todos en idénticos colores, como si tuviéramos la misma sangre.

María Daniela Lescano Molina

Reuní algunos de mis relatos en dos libritos: Anécdotas imprescindibles y Mudanzas. Participo en el taller de Narval de Papel desde el comienzo. Escribir me hace feliz.



**El Narval de Papel es un taller literario, una revista antológica
y una comunidad de amantes de la literatura.**

Inscripciones abiertas todo el año.

Visita nuestra página web para saber más.



El Narval de Papel

Cuarta edición – Enero 2023